

Cristo, y Él Crucificado | Gálatas 3:1

«¡Oh gálatas insensatos! ¿Quién os ha fascinado para no obedecer a la verdad, ante cuyos ojos Jesucristo fue presentado claramente, crucificado entre vosotros?» (Gál. 3:1).

Habiendo sido presentado Cristo, crucificado entre ellos, fue fácil para los gálatas comprender las palabras del capítulo 2:20: *«Con Cristo estoy juntamente crucificado»*. Cuando él fue presentado, crucificado entre ellos, fue bastante fácil para todos los que estaban dispuestos, ser crucificados con él.

Pablo predicó solamente **«Cristo, y a él crucificado»**. Esto lo predicó dondequiera que fue. Y dondequiera que fue, predicó a Cristo crucificado entre la gente de ese lugar. Es decir, cuando estuvo en Galacia, predicó a Cristo crucificado no solo allá en Judea, sino también en Galacia. Cuando estuvo en Corinto, predicó a Cristo crucificado no solo más allá en Jerusalén, sino también a Cristo crucificado allí en Corinto.

En otras palabras, Cristo crucificado en Jerusalén de Judea, fue también Cristo crucificado dondequiera que haya un hombre en la tierra. Y la predicación de Cristo crucificado en Jerusalén de Judea, para ser la verdadera predicación de ese hecho, debe ser también la predicación de Cristo crucificado dondequiera que se predique el hecho. Es simplemente la predicación del Cristo Salvador universal y siempre presente.

La predicación en Galacia, en Corinto, en Roma, en Gran Bretaña, en los Estados Unidos, de Cristo crucificado solo en Jerusalén de Judea, está demasiado lejos tanto en distancia como en tiempo para que la gente la capte fácilmente como un poder en sus propias vidas. Pero la predicación de Cristo crucificado en Jerusalén de Judea, y también dondequiera que haya un alma humana —esto trae a cada alma, justo donde esa alma está, a Cristo, el crucificado, el resucitado y el Salvador siempre viviente. Y entonces y allí cada alma que escucha la predicación puede ser crucificada con él (Romanos 6:6), puede resucitar con él (Efesios 2:5, 6), y puede vivir con él (Romanos 6:8), como el Salvador siempre crucificado, siempre resucitado y siempre viviente.

Tal predicación, y solo tal, es la verdadera predicación de Cristo y él crucificado. Tal predicación, y solo tal, es la verdadera predicación de la cruz de Cristo. Tal predicación de la cruz de Cristo es la predicación de «el poder de Dios»; y tal predicación de Cristo crucificado es «Cristo el poder de Dios, y la sabiduría de Dios» (1 Corintios 1:17, 18, 23, 24).

No podemos hacer nada mejor que decir de nuevo, en esta conexión, lo que dijimos hace dos semanas, sobre el cap. 2:20: Jesús Cristo era «nosotros». Él era de la misma carne y sangre que nosotros. Él era de nuestra misma naturaleza. Él fue en todo punto como nosotros. *«Era necesario que en todo fuese semejante a sus hermanos»* (Hebreos 2:17). Él se despojó a sí mismo, y fue hecho a semejanza de los hombres. Él fue «el postrer Adán». Y precisamente como el primer Adán éramos nosotros mismos, así Cristo, el postrer Adán, éramos nosotros mismos. Cuando el primer Adán murió, nosotros, estando implicados en él, morimos con él.

Y cuando el postrer Adán fue crucificado —siendo él nosotros mismos, y nosotros estando implicados en él— fuimos crucificados con él. Así como el primer Adán era en sí mismo toda la raza humana, así el postrer Adán era en sí mismo toda la raza humana; y así cuando el postrer Adán fue crucificado, toda la raza humana —la vieja naturaleza humana pecaminosa— fue crucificada con él. Y así está escrito: *«Sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado con Él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado»* (Romanos 6:6).

Así, toda alma en este mundo puede decir verdaderamente, en el perfecto triunfo de la fe cristiana: *«Con Cristo estoy juntamente crucificado; mi vieja naturaleza pecaminosa está crucificada con él, para que este cuerpo de pecado sea destruido, a fin de que de ahora en adelante no sirva al pecado.* (Romanos 6:8). *Sin embargo, vivo; no ya yo, sino que Cristo vive en mí. Siempre llevo en mi cuerpo la muerte del Señor Jesús —la crucifixión del Señor Jesús, porque estoy crucificado con él— para que también la vida de Jesús se manifieste en mi cuerpo. Porque yo que vivo soy entregado siempre a muerte por causa de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en mi carne mortal.* (2 Corintios 4:10, 11). *Y por tanto, la vida que ahora vivo en la carne, la vivo por la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí.»*

En este bendito hecho de la crucifixión del Señor Jesús, que fue realizada por cada alma humana, no solo se pone el fundamento de la fe para cada alma, sino que en él se da el **don de la fe** A cada alma. Y así, la cruz de Cristo no es solo la sabiduría de Dios mostrada por Dios a nosotros, sino que es el mismo poder de Dios manifestado para librarnos de todo pecado y acercarnos a Dios.

¡Oh pecador, hermano, hermana, cree esto! ¡Oh, recíbelo! Ríndete a esta poderosa verdad. Dilo, dilo con plena seguridad de fe, y dilo para siempre: *«Con Cristo estoy juntamente crucificado: y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí: y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí.»* Dilo; porque es la verdad, la mismísima verdad y sabiduría y poder de Dios, que salva el alma de todo pecado.

[Advent Review and Sabbath Herald | November 7, 1899]